

## ***TRES CONCEPCIONES DE ESTRUCTURA PROFUNDA: reflexiones metodológicas***

Desde que en los albores del siglo VI A.C. naciera en las islas jónicas lo que desde entonces se conoce como “filosofía”, sus practicantes, de diverso modo y en relación con la casi totalidad de sus temas, se han sentido atraídos por lo que consideran que es el carácter oculto y misterioso de aquello que estudian. Así, por ejemplo, al investigar la naturaleza del auto-conocimiento y del conocimiento de otras mentes, los filósofos han hablado de un misterioso “yo”, objeto imposible de aprehender en actos cognitivos (observación, introspección, recuerdo), de cuyo conocimiento empero se nos dice que es imprescindible para que podamos comprendernos a nosotros mismos, el uso del lenguaje, etc.; al hablar de las matemáticas, muchos filósofos han optado por lanzarse a la búsqueda de entidades abstractas, pobladoras de un fantástico Tercer Mundo, imposibles de conocer en la experiencia pero, se nos asegura, sin las cuales no podríamos explicarnos el conocimiento matemático del que *de facto* disponemos. Al estudiar el arte, se ha tratado de describirnos los valores universales y eternos en virtud de los cuales una determinada obra merece el calificativo de ‘hermosa’, valores que resultan ser intuitivos, aprehendidos o captados en momentos de trance inspirado, pero siempre extraño, semi-divino y ocasional. Ahora bien, es claro que a esta atracción por lo desconocido, por lo que está “detrás” o “debajo” de los fenómenos, difícilmente la filosofía del lenguaje habría podido sustraerse. El esfuerzo por explicar, *e.g.*, la naturaleza, la aplicabilidad y las potencialidades del lenguaje han llevado a pensadores de las más diversas inclinaciones filosóficas a postular, por ejemplo, propiedades trascendentales del mundo, entidades mentales, estructuras abstractas y demás rarezas, desde luego nunca conocidas por la vía de los sentidos sino siempre inferidas pero, se insiste, sin las cuales los rasgos del lenguaje que nos interesan quedarían sin explicación. Es quizá por motivaciones de esta índole que apareció en escena la idea de “forma lógica”, la cual fue paulatinamente evolucionando hasta llevarnos a la de “estructura profunda”. Es, precisamente, de esta última que deseo ocuparme en este trabajo. Me propongo examinar tres concepciones de estructura profunda y estudiar su utilidad, así como tratar de determinar hasta qué punto son compatibles o complementarias. Las nociones de las que me ocuparé son las que emergen de los trabajos de Noam Chomsky, Bertrand Russell y del último Wittgenstein, respectivamente. Mi plan de trabajo será el siguiente: haré una presentación sucinta y concisa de cada una de las concepciones y, posteriormente, discutiré su valor cognitivo y filosófico, contrastándolas y considerándolas conjuntamente.

- I -

Por razones que irán apareciendo a medida que avancemos, creo que lo más conveniente es empezar nuestro análisis considerando la versión chomskiana de estructura profunda. Lo primero que hay que señalar es que son dos las motivaciones de Chomsky. La primera tiene que ver con el lenguaje y responde al requerimiento intelectual de dar cuenta de ciertos hechos concernientes al mismo. Muy especialmente, lo que Chomsky aspira a explicar es lo que él llama el ‘aspecto creador del lenguaje’. Chomsky habla de esta característica del lenguaje en diversos lugares, pero sin duda una de sus formulaciones más precisas es la siguiente: se trata simplemente del hecho de que “lo que decimos en el lenguaje normal es enteramente nuevo, no una repetición de nada que ya hayamos oído antes o inclusive semejante en cuanto a modelo (...), a oraciones o discursos que oímos en el pasado”.<sup>1</sup> El lenguaje humano, además, no sólo es innovador, sino que también es infinito en cuanto a potencialidades (complejidad, por ejemplo) y, no menos importante, sirve de modo adecuado de manera totalmente independiente de situaciones concretas. No usamos la palabra ‘perro’ sólo cuando tenemos un perro enfrente de nosotros; además, no sólo usamos oraciones de la forma ‘ $\alpha$  es  $\varphi$ ’, sino también oraciones de la forma ‘A dijo que creía que  $\alpha$  es  $\varphi$ ’, ‘A negó que B hubiera dicho que  $\alpha$  es  $\sim \varphi$ ’, y así sucesivamente. Aunque la detección de este rasgo “creativo” del lenguaje no es del todo original por parte de Chomsky, éste está plenamente justificado en ver en ello algo sumamente sorprendente y que merece toda nuestra atención.

La segunda motivación de Chomsky está conectada más bien con la psicología y la filosofía de la mente. “Personalmente, me intriga en primer término la cuestión de la posibilidad de aprender algo, a partir del estudio del lenguaje, que saque a la luz propiedades inherentes de la mente humana”.<sup>2</sup> Como es obvio, las dos motivaciones, aunque lógicamente independientes, están relacionadas. Inspirándose en la escuela de Port-Royal, Chomsky sostiene que el único modo de explicar el *factum* de la creatividad permanente e incondicionada del lenguaje consiste en describir su “gramática” pero, una vez logrado esto, lo que se obtiene es genuina información acerca de la mente humana. La razón de ello estriba en que los lenguajes naturales son la expresión física (sonora, escrita) de algo esencialmente libre, individual, privado: el pensamiento humano. Sobre esto regresaremos más abajo, pero antes será preciso exponer un poco más en detalle algunos aspectos del programa chomskiano.

---

<sup>1</sup> N. Chomsky, *Language and Mind* (enlarged edition) (New York/Chicago/ San Francisco/ Atlanta: Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1972), p.12.

<sup>2</sup> N. Chomsky, *Ibid.*, p. 103.

Una primera distinción trazada por Chomsky que tenemos que mencionar es la distinción “competencia – realización” (*competence-performance*). La “realización” es lo que el usuario del lenguaje de hecho hace con éste en casos individuales, particulares, concretos de aplicación de palabras. Ahora bien, la “realización” lingüística es vista por Chomsky como un mero signo de algo a lo cual encubre y que es lo realmente importante: la competencia lingüística del hablante. ‘Competencia’ nos remite al “conocimiento implícito” de quien de modo consciente usa el lenguaje para expresar pensamientos: “el término técnico ‘competencia’ se refiere a la habilidad que tiene el hablante – escucha idealizado para asociar sonidos y significados en concordancia con las reglas de su lenguaje”.<sup>3</sup> Aquí, para comprender debidamente lo que Chomsky sostiene, tenemos que introducir otra noción, tratando de que su empleo por parte de Chomsky (independientemente de que sea coherente o no) quede esclarecido, lo cual no es fácil. Me refiero a la importante noción de gramática. Para los efectos de este trabajo, me limitaré simplemente a mencionar algunos de sus rasgos distintivos.

Lo primero que hay que decir es que la gramática de Chomsky no es la gramática que se le enseña a los niños en las escuelas o la que se le podría enseñar a los adultos que ya dominan un lenguaje (*i.e.*, que lo hablan). Esta es la gramática superficial o “pedagógica”. Esta última establece un cierto número de clasificaciones (sujetos, adjetivos, verbos y tiempos de verbos, pronombres, adverbios, etc.) a las cuales recurre quien se manifiesta lingüísticamente. Pero es justamente eso lo que, en opinión de Chomsky, exige una explicación. Su idea es entonces la de que “debajo” de esa gramática superficial se encuentra otra o, mejor dicho, **tiene** que haber otra, cuyo conocimiento y manejo inconscientes por parte del hablante **explican** el que éste opere normalmente como tal. El lingüista-psicólogo-filósofo está interesado principalmente en ésta que es la “gramática profunda”. Es en relación con ella que Chomsky introduce la noción de estructura profunda. Antes de examinar esta noción, permítaseme señalar que, como Chomsky mismo reconoce, “‘gramática’ se usa ambiguamente para referirse tanto al sistema internalizado de reglas como a la descripción que de él hace el lingüista”.<sup>4</sup> Aquí usaremos el término con toda libertad, pero de modo que el contexto indique claramente en qué sentido lo estamos empleando.

Así como las oraciones de la gramática superficial tienen una cierta estructura, delineable en términos de las categorías gramaticales que todos conocemos, en el nivel de la gramática profunda también podemos hablar de estructuras, construibles por medio de sus propias categorías. La primera, *i.e.*, la

---

<sup>3</sup> N. Chomsky, *Ibid.*, p. 116.

<sup>4</sup> N. Chomsky, *Ibid.*, p. 116 (nota).

estructura superficial, es la “organización superficial de unidades que determina a la interpretación fonética y que se relaciona con la forma física de la emisión hecha, con su forma percibida o deseada”.<sup>5</sup> Ahora bien, estas estructuras de gramática superficial son derivables de otras y se llega a ellas mediante la aplicación de reglas de transformación, pertenecientes también a la gramática profunda o, en otras palabras, a la gramática generativo – transformacional. Un punto importante, que ilustro más abajo, es que las estructuras superficiales y profundas de un lenguaje dado no necesariamente coinciden. Más aún, puede en general afirmarse que “los lenguajes varían muy poco en cuanto a su estructura profunda, si bien hay una amplia variabilidad en cuando a manifestaciones de superficie”.<sup>6</sup> En otras palabras, nos volvemos a topar con la vieja idea de que el lenguaje del pensar no tiene por qué coincidir con su expresión en los lenguajes naturales.

La estructura profunda, estudiada por la gramática generativo – transformacional, tiene dos características primordiales, *viz.*, la de ser universal y la de ser mental. En verdad, la disciplina que la estudia aspira a ser una nueva ciencia o, por lo menos, una nueva rama de alguna ciencia acerca del hombre. Ahora bien, esta gramática “abstracta” se compone, fundamentalmente, de reglas. Según Chomsky, el que un ser humano maneje un lenguaje es posible gracias a que está programado para ello y, por consiguiente, a que de algún modo domina un intrincado conjunto de reglas abstractas que le permiten manipular, sobre la base de *data* obtenidos en la experiencia, un número infinito de estructuras superficiales, asociando de modo sistemático u ordenado sonidos y significados. “Así, cada lenguaje consiste (en parte) en una cierta correlación de sonido y significado sobre un dominio infinito”.<sup>7</sup> La gramática profunda es determinante no sólo para la sintaxis, sino también para la semántica. Se sigue de lo que Chomsky afirma que las dimensiones fonética y pragmática del lenguaje son prácticamente irrelevantes para la “gramática”.

Es importante tener una idea, aunque sea incompleta, del *modus operandi* del método de Chomsky, puesto que es de los resultados de sus análisis que pasará a extraer conclusiones (o, mejor dicho, a esbozar su programa), las cuales rebasan con mucho el marco de la lingüística. Veamos, en español, uno de los ejemplos preferidos de Chomsky:

- 1) Juan está seguro de que Memo se irá
- 2) Juan está seguro de irse

---

<sup>5</sup> N. Chomsky, *Cartesian Linguistics* (New York/London: Harper and Row Publisher, 1966), p. 33.

<sup>6</sup> N. Chomsky. *Language and Mind*, p.76.

<sup>7</sup> N. Chomsky, *Ibid.* , p. 103.

Las estructuras superficiales de estas oraciones son:

- 1') [O [FN <sup>Juan</sup>] [FV <sup>está</sup> [FA <sup>seguro</sup> [O <sup>de que</sup> [FN <sup>Memo</sup> [FV <sup>se irá</sup>]]]]]]  
 2') [O [FN <sup>Juan</sup>] [FV <sup>está</sup> [FA <sup>seguro de</sup>] [FV <sup>irse</sup>]]]

en donde:

O = oración  
 FN = frase nominal  
 FV = frase verbal  
 FA = frase adjetival

Ahora bien, estas estructuras superficiales están “generadas” por las estructuras profundas estudiadas por la gramática lingüística. ¿Hay acaso alguna manera de representar la estructura profunda de las oraciones? Desde luego que sí. De acuerdo con Chomsky, la estructura profunda de (1) es la misma que su estructura superficial, *i.e.*, (1'). En cambio, la estructura profunda de (2) es:

- 2'') [ O [FN [O [FN <sup>Juan</sup>] [FV <sup>irse</sup>]]] [FV <sup>está</sup> [FA <sup>seguro de</sup>] ] ] ]

En opinión de Chomsky, las estructuras profundas de (1) y (2) revelan que en (1) predicamos el “estar seguro” de Juan, en tanto que en (2) es de la proposición de que Juan se va que lo hacemos. Dicho sea de paso, esto me parece un error inclusive en inglés. Lo que Chomsky afirma me parece que se aplica no a (2), sino a:

A) John will certainly leave  
 (Con toda seguridad Juan se irá)

o, en todo caso, a

A') Certainly John will leave  
 (Es seguro que Juan se irá)

Es para (A) o para (A') que vale lo que Chomsky dice, *i.e.*, predicamos “estar seguro” de una proposición. En cambio en (2) de lo que predicamos la seguridad o la certeza no es de la proposición, sino del estado mental de Juan. Pero dejemos de lado esta diferencia de interpretación y prosigamos con el análisis chomskiano. De acuerdo con Chomsky, de (2'') se pasa a (3), esto es:

- 3) [O [FN <sup>ello</sup>] [FV <sup>es</sup> [FA <sup>seguro de</sup>] o <sup>que</sup> [FN <sup>Juan</sup>] [FV <sup>se irá</sup>]]]]]

Según Chomsky, (3) y (2) son estructuras profundas semejantes, pero tienen estructuras superficiales completamente diferentes. El significado y las diferencias de significado de una oración es algo que queda explicado o esclarecido por las estructuras profundas. Análisis como estos, Chomsky infiere, proporcionan datos filosóficamente importantes, pues echan luz sobre conceptos filosóficos como, por ejemplo, el de certeza.

Es sobre la base de análisis como estos que Chomsky pasa a advertir que el ser humano está, como dije, biológicamente programado, esto es, dotado para escoger, sobre la base de los sonidos a que está expuesto (la ‘r’ francesa, la ‘z’ polaca, la ‘th’ inglesa, etc.) y del orden como se les yuxtapone (‘ne ... pas’, por ejemplo), una gramática natural determinada. “La persona que ha adquirido conocimiento de un lenguaje ha interiorizado un sistema de reglas que conectan sonido y significado de un modo particular”.<sup>8</sup> EL “aspecto creativo” del lenguaje, por lo tanto, es susceptible de proporcionar, en el peor de los casos, una base para una doctrina de lo innato como algo de carácter esencialmente mental, no reducible a lo físico, a lo puramente mecánico y, en el mejor de los casos, elementos para inferir, con Descartes, la existencia de una “sustancia pensante”. “Por consiguiente, se vuelve necesario invocar un principio enteramente nuevo – en términos cartesianos, postular una segunda sustancia, cuya esencia es el pensamiento, paralelamente al cuerpo con sus propiedades esenciales de extensión y movimiento. El principio nuevo tiene un ‘aspecto creativo’, el cual es puesto de relieve del modo más claro por cuanto podemos referirnos a él como ‘el aspecto creativo del uso del lenguaje’, la distintiva habilidad humana para expresar pensamientos nuevos y para comprender expresiones de pensamiento enteramente nuevas, dentro del marco de un ‘lenguaje instituido’, un lenguaje que es un producto cultural sometido a leyes y principios que son parcialmente únicos de él y parcialmente reflejos de propiedades generales de la mente”.<sup>9</sup> Como puede fácilmente apreciarse, se empezó con consideraciones acerca de fenómenos palpables y terminamos en la más abstrusa de las metafísicas. Más específicamente, el itinerario recorrido por Chomsky ha sido el siguiente: sobre la base de una concepción cartesiana del pensamiento en conjunción con ciertas verdades empíricas concernientes al lenguaje, se proponen análisis de cierta clase tendientes a mostrar cómo debe estar estructurada la mente humana y cómo debe operar uno de sus sectores (un “módulo”) más importantes. En la segunda parte del trabajo, regresaré críticamente sobre las posiciones chomskianas, pero ahora quisiera velozmente presentar la teoría russelliana de la estructura profunda.

---

<sup>8</sup> N. Chomsky, *Ibid.*, p. 26.

<sup>9</sup> N. Chomsky, *Ibid.*, p.6.

Las motivaciones de Russell para hablar de estructura profunda son muy diferentes de las de Chomsky, pues son fundamentalmente de carácter metafísico, epistemológico y lógico. Dicho brevemente, Russell se pregunta cómo es posible hablar significativamente de lo que no existe, por qué el principio del Tercero Excluido puede no valer en ciertas ocasiones y por qué los contextos oblicuos inducen a paradojas semánticas y epistémicas, al tiempo que generan problemas de substitutividad. La respuesta de Russell es, a grandes rasgos, la siguiente: para poder resolver enigmas como los mencionados, a los que da origen el lenguaje natural, es imprescindible “salirse” de dicho lenguaje y contemplarlo desde la plataforma constituida por **otro** lenguaje. Este otro “lenguaje” es el de la lógica y, más específicamente, el del cálculo de predicados de primer orden con identidad. La teoría de Russell, como veremos, no es una teoría de tipo “generativo”, pero sí contiene un elemento “transformacional” y se le conoce como la ‘Teoría de las Descripciones’.

Si la metáfora útil en el caso de las estructuras profundas chomskianas está expresada por la palabra ‘debajo’, en el caso de la teoría de Russell la metáfora más adecuada es más bien la de “al interior de”. Los elementos para efectuar los análisis lógicos que pondrán al descubierto las estructuras profundas de ciertas expresiones de nuestro lenguaje son:

- a) términos simples o ineliminables (nombres propios en sentido lógico)
- b) descripciones definidas o indefinidas
- c) descripciones encubiertas (nombres propios usuales)
- d) cuantificadores, variables y constantes lógicas
- e) el principio semántico de la teoría: las frases denotativas (o sea (b) y, por consideraciones de orden epistemológico y lógico, (c)), no tienen significado (esto es, no denotan) consideradas aisladamente, pero toda proposición de la que formen parte es significativa

Vale la pena observar que los análisis russellianos se ejercen exclusivamente sobre proposiciones en las que aparecen frases denotativas. No tiene el menor sentido ni interés intentar aplicar la técnica de la traducción que Russell propone a frases denotativas aisladas. Como bien vieron Morris Weitz y David Kaplan,<sup>10</sup> la

---

<sup>10</sup> Véanse los excelentes artículos de M. Weitz, “Russell’s Conception of Analysis”, en *The Philosophy of Bertrand Russell*. Edited by P. A. Schilpp. The Library of Living Philosophers (Evanston and Chicago: North-Western University, 1944), y de D. Kaplan, “What is Russell’s Theory of Descriptions?”, en *Bertrand Russell. A Collection of Critical Essays*. Edited by D. Pears. Anchor Books (New York: Double Day & Co., 1972).

Teoría de las Descripciones es sobre todo una teoría de la forma lógica de las unidades semánticas que permiten la transmisión de pensamientos, esto es, las proposiciones. ¿Qué quiere decir esto? La idea es que, para Russell, analizar una proposición es encontrar las proposiciones lógicamente contenidas en ella, es decir, a las proposiciones que implica y que, a su vez, la implican. Por consiguiente, el objetivo del análisis lógico es **definir** proposiciones. Veamos un ejemplo.

Supóngase que un científico afirma que alguien ya vio al abominable hombre de las nieves. La pregunta relevante es: ¿qué es lo que, desde un punto de vista lógico, esa persona **afirmó**? Russell nos enseña (por razones ampliamente conocidas que ya no repetiré aquí) que ‘el abominable hombre de las nieves’ no es un nombre, por más que pueda aparecer como el sujeto gramatical de algunas oraciones. Es claro, asimismo, que ‘alguien’ tampoco es un nombre: nadie se llama ‘alguien’. De este modo, en la notación lógica nuestra oración se convierte en:

$$*) (\exists x)[(Cx \ \& \ (\exists y)((Ny \ \& \ (z)Nz \rightarrow y = z)) \ \& \ Vxy)]$$

Retraduciendo esto al lenguaje natural, se ve que lo que estaríamos implicando al afirmar nuestra oración sería:

- 1) Hay algo que es un científico
- 2) Por lo menos algo es el abominable hombre de las nieves
- 3) A lo sumo algo es el abominable hombre de las nieves
- 4) Sea lo que sea, ese algo fue visto por esa persona.

El análisis es, pienso, impecable, si bien de inmediato nos asalta la inquietud referente al campo de aplicación. ¿A qué se aplica el análisis de Russell? Russell sostiene que mediante su análisis o modelo de análisis lo que se descubren son las **proposiciones** que encubre una afirmación determinada. Así, lo que Russell elaboró fue un método para poner al descubierto de manera sistemática lo que está lógicamente implicado por lo que un hablante afirma, es decir, por una oración aseverada y eso que nos importa es precisamente la estructura profunda o real (o lógica) de nuestras afirmaciones o aseveraciones. Podemos entonces resumir la idea de estructura profunda en el sentido de Russell como sigue: es el contenido semántico – epistemológico – metafísico – lógico de una oración aseverada, esto es, usada o aplicada por un hablante. Esta caracterización está sujeta a restricciones, como veremos posteriormente. A reserva de ahondar sobre el asunto un poco más abajo, sin embargo, quisiera pasar ahora a presentar algunos de los puntos de vista de Wittgenstein.



Chomsky señala<sup>11</sup> que en la filosofía contemporánea la noción de estructura profunda procede en parte de las *Investigaciones Filosóficas*. En esto está involucrado un doble error histórico. Como dije al principio, es de la idea de forma lógica que fue emergiendo la idea de gramática profunda y, por consiguiente, la de estructura profunda. Ahora bien, la idea de forma lógica ciertamente está presente en el *Tractatus* y es esencial a él. Por otra parte, sin embargo, en uno de los pocos reconocimientos explícitos públicos que se pueden localizar en los escritos de Wittgenstein, el *Tractatus* sin ambigüedades le reconoce la paternidad de la idea de diferenciar entre estructura gramatical y estructura lógica ni más ni menos que a Russell. “Fue Russell quien realizó la labor de mostrar que la forma lógica aparente de una proposición no tiene por qué ser su forma real”.<sup>12</sup> La idea de forma lógica, escondida, por así decirlo, dentro de una oración, está, pues, incorporada en el *Tractatus* pero, en la medida en que el origen de dicha idea se remonta a Russell y a Frege,<sup>13</sup> es claro que el mérito del cual habla Chomsky en este caso no recae (directamente al menos) sobre Wittgenstein. Lo que en cambio sí es una aportación totalmente novedosa por parte de Wittgenstein es la **nueva** noción de gramática profunda que él empieza a desarrollar a partir de las *Philosophische Bemerkungen*.<sup>14</sup> Es de esta nueva noción que nos vamos ahora a ocupar.

Empecemos por preguntarnos cuáles son las motivaciones de Wittgenstein. Yo creo que a esta pregunta no hay más que una respuesta posible, si bien es de ramificaciones extensas: el deseo de mostrar que es la inmensa complejidad del lenguaje natural lo que está en la base de cierta clase de incompreensiones respecto a su funcionamiento, las cuales llevan a la gestación de lo que aparentemente son genuinos problemas pero que, en el fondo, son meros nudos conceptuales. Estos problemas son los enigmas de la filosofía en general. El deseo de Wittgenstein es, pues, el de hacer ver que el tratamiento adecuado para los “problemas” de la filosofía consiste en la elucidación de la **gramática profunda** de las expresiones que usamos. Es gracias a dicha elucidación que la disolución de los dificultades *qua* problemas se torna algo asequible. El error inicial en el caso de los problemas de la filosofía consiste en aceptarlos acríticamente como problemas, como algo que reclama una solución, la cual naturalmente revestiría la forma de una teoría. Si la motivación de Chomsky es psico-lingüística y la de Russell filosófica, podemos calificar a la de Wittgenstein de ‘anti-filosófica’.

---

<sup>11</sup> N. Chomsky, *Topics in the Theory of Generative Grammar* (The Hague-Paris: Mouton & Co., 1966), p.16.

<sup>12</sup> L. Wittgenstein. *Tractatus Logico-Philosophicus* (London: Routledge and Kegan Paul, 1979), 4.00301.

<sup>13</sup> Puesto que fueron ellos los primeros en hablar de una notación conceptual y de un lenguaje lógicamente perfecto.

<sup>14</sup> Hay traducción al español de Alejandro Tomasini Bassols y publicada bajo el título de *Observaciones Filosóficas* por el Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM (1997).

Como en los casos anteriores, en el de Wittgenstein también tenemos, por una parte, una noción determinada de estructura profunda y, por la otra, tenemos la ejemplificación concreta del método de “análisis” (que no habría que identificar con el método del análisis lógico). Como era de esperarse, en el caso de Wittgenstein la ejemplificación de la elucidación de una proposición particular no resulta algo tan “sencillo” o “fácil”, esto es, mecánico, como en los casos de Russell y Chomsky. Los análisis de Wittgenstein no son análisis formales. En **su** sentido, la gramática profunda de una expresión se obtiene cuando se exhibe la red de **conexiones de uso** de dicha expresión. El uso, empero, varía en función de las circunstancias. De ahí que no haya ni pueda haber un método para la extracción de la estructura profunda de una expresión (que puede ser una proposición). Para aclarar esto, consideremos en primer lugar la caracterización wittgensteiniana de la noción de gramática profunda.

“En el uso de las palabras, se podría distinguir la ‘gramática superficial’ de la ‘gramática en profundidad’. Lo que de inmediato se nos impone en relación con el uso de una palabra es la manera como es usada en la construcción de la oración, la parte de su uso – podría decirse – que puede ser captada por el oído”.<sup>15</sup> La gramática superficial es, pues, el sistema de regulaciones formales de un lenguaje y que es perceptible, puesto que es enseñable. Wittgenstein observa, sin embargo, que el lenguaje tiene también otra dimensión. Hay algo importante del lenguaje que no es perceptible en forma directa, a saber, su uso. El hecho es que no tenemos frente a nosotros en forma explícita el sistema de regulaciones de uso de nuestro lenguaje. Dicho sistema, empero, es **inspeccionable**. Es del uso del lenguaje o, si se prefiere, del lenguaje en uso que queda construida o conformada la gramática profunda de una expresión. Una vez aclarado esto, nuestro problema consistirá en extraer un modelo, ya que no un procedimiento mecánico, de tratamiento, que nos permita enunciar la gramática profunda (la estructura profunda) de las expresiones cuyo significado queremos esclarecer. De lo que se trata en este caso es de acceder a una visión a la vez global y detallada de las relaciones de una expresión con otras, así como de su “lógica” de aplicación. Y esto es algo que, en principio, cualquier hablante normal está en posición de lograr. Ahora bien ¿existe tal modelo?

La respuesta a esta pregunta es un ‘sí’, pero antes de extenderme al respecto me parece pertinente hacer algunas observaciones respecto a la clase de análisis que Wittgenstein va a ofrecer. En primer lugar, hay que insistir en que sus análisis no son “verticales”, sino “horizontales”, es decir, no nos llevan a la postulación y supuesta utilización de un lenguaje de, *e.g.*, *sense-data* para, desde ese lenguaje “radical”, hablar del lenguaje natural. Con Wittgenstein nunca nos “salimos”, ni se

---

<sup>15</sup> L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations* (Oxford: Basil Blackwell, 1974), sec. 168.

pretende que lo hagamos, del lenguaje natural. De ahí que Wittgenstein no necesite disponer de ningún aparataje formal para la enunciación de la estructura gramatical o profunda de una expresión. No se requiere ni el manejo de la lógica, como en el caso de Russell, ni toda la fauna de clasificaciones, nociones, hipótesis, etc., como la que le es indispensable a Chomsky, para analizar una proposición que usamos por medio de otras que también sabemos cómo usar. No se sigue, ni mucho menos, que la elucidación gramatical a la Wittgenstein sea algo simple, fácil de efectuar o superfluo.

En la obra de Wittgenstein encontramos diversos paradigmas de elucidación gramatical. Un caso así lo encontramos en *Zettel*, en donde la estructura profunda de ‘pensar’ queda relativamente bien exhibida. Aquí, sin embargo, aludiré a otro caso de elucidación, *viz.*, el que se nos proporciona en *On Certainty*. En este libro, el proceso de aclaración se ejerce sobre una familia de nociones epistémicas, como conocer, dudar, tener la certeza de algo, creer, etc., Analizar esos conceptos es describir la red de conexiones que los unen. Esto a su vez quiere decir describir el sistema de relaciones de implicación y presuposición (así como las consecuencias de éstas) que unen a diversas oraciones normales en las que las nociones en cuestión son empleadas. La tarea consiste en ir rastreando y apuntando las formas lingüísticas que sólo superficial o aparentemente tienen sentido y que, por haberlas aceptado como legítimas, crearon enredos conceptuales, interpretados como problemas auténticos. No voy a resumir aquí la gigantesca y paciente labor desarrollada en *On Certainty*.<sup>16</sup> Me limitaré simplemente a ilustrar la clase de trabajo en la que consiste la elucidación wittgensteiniana de la estructura profunda de una expresión.

En la controversia entre el escéptico y el realista, ambos bandos asumen que la posibilidad meramente formal de una proposición basta para poner en entredicho el todo de nuestro conocimiento. Es lógicamente posible que yo me equivoque y, por consiguiente, que no sepa lo que creo saber cuando afirmo que Varsovia es la capital de Polonia, que mi nombre es ‘Alejandro Tomasini’, que tengo dos ojos, dos manos, que no he viajado a Júpiter, etc. La controversia, como la historia de la filosofía lo pone de manifiesto, puede eternizarse y, de hecho, no hay ni puede haber una victoria aplastante por parte de ninguno de los bandos que asumen que efectivamente hay un problema genuino por resolver. Gracias a la técnica de Wittgenstein, empero, podemos desembarazarnos de ambos, haciendo ver que su disputa atañe a un fantasma: el problema que los opone es un típico pseudo-problema. ¿Cómo se logra hacer ver esto? Mostrando que ambos contendientes desconocen la estructura profunda del concepto conocer, el cual está

---

<sup>16</sup> A este respecto puede verse la última parte de mi libro *Teoría del Conocimiento Clásica y Epistemología Wittgensteiniana* (México: Plaza y Valdés, 2001).

internamente asociado con otros como *dudar*, *creer*, *tener razones para* y demás. Así, Wittgenstein empieza por recordarnos que, en nuestra precipitación por crear problemas, generalizamos y nos olvidamos de toda una variedad de usos de palabras, usos perfectamente legítimos y que no parecen quedar subsumidos en nuestras generalizaciones. Así acontece con ‘saber’ o ‘conocer’. “Sencillamente, no vemos qué tan especializado es el uso de ‘yo sé’”.<sup>17</sup> Usamos ‘yo sé’ o ‘yo conozco’ en múltiples contextos, circunstancias, ocasiones, etc., para expresar cosas muy distintas. No hay un uso esencial, presente en todos los casos. Ahora bien, si logramos detectar (describir) lo importante de múltiples casos, o por lo menos de los casos más típicos, habremos penetrado la estructura profunda de la oración. Entonces sí podremos intentar recoger resultados bajo la forma de generalizaciones. Así, Wittgenstein se siente justificado en afirmar que “‘yo sé’ tiene un significado primitivo similar a ‘yo veo’ y relacionado con él (‘wissen’, ‘videre’). Y ‘yo sabía que él estaba en el cuarto pero no estaba en el cuarto’ es como ‘lo vi en el cuarto, pero no estaba allí’. Se supone que ‘yo sé’ expresa una relación, no entre el sentido de una proposición (como ‘yo creo’) y yo, sino entre un hecho y yo. De modo que el hecho es incorporado en mi conciencia”.<sup>18</sup>

Esta conexión con los hechos hace que el saber algo sea una cuestión de justificación integrada en un marco general de convicciones, acerca de las cuales, empero, sólo formal o vacuamente tiene sentido decir que proporcionan “conocimiento” (o que pueden ser falsas). Esa posibilidad formal inherente al lenguaje es lo que crea confusiones. Siempre podremos decir, aparentemente con sentido, que si yo sé que *p*, entonces yo sé que yo sé que *p*, yo sé que yo sé que yo sé que *p*, y así *ad infinitum*. Pero eso es absurdo: esas oraciones no tienen de hecho aplicación alguna. Están, por lo tanto, desprovistas de significado, aunque superficialmente parecen tenerlo. Por otra parte, dado que el conocimiento es, *inter alia*, una cuestión de evidencias, allí en donde las evidencias no existen o son lógicamente superfluas, la noción de conocimiento está mal aplicada. Ahora bien, este es precisamente el caso de las aseveraciones de sensación. Por eso “‘yo sé en dónde estoy sintiendo dolor’, ‘Yo sé que lo siento aquí’, son tan equivocados como ‘yo sé que tengo un dolor’. Pero ‘Yo sé en dónde tocaste mi brazo’ es correcto”.<sup>19</sup> Observaciones sutiles como estas, aunadas a muchas otras, que versan igualmente sobre el uso de ‘Yo sé’ en el contexto del discurso de las sensaciones chocan, como es evidente, en contra de las tesis más arraigadas en filosofía y, en la medida en que cuentan con el apoyo del lenguaje natural, las echan por tierra. Ahora bien, dado que Wittgenstein reconoce, al igual que Chomsky, que el lenguaje tiene una capacidad

---

<sup>17</sup> L. Wittgenstein, *On Certainty* (Oxford: Basil Blackwell, 1979), sec. 11.

<sup>18</sup> L. Wittgenstein, *Ibid.*, sec. 90.

<sup>19</sup> L. Wittgenstein, *Ibid.*, sec. 41.

infinita de desarrollo, la descripción exhaustiva de la estructura profunda de, *e.g.*, ‘yo sé’ es en principio imposible de obtener. Esto no impide, sin embargo, que podamos tener una representación perspicua de una extensión amplia de la gramática de nuestro lenguaje. Como dije, Wittgenstein no requiere de una teoría para elucidar el sentido de nuestras afirmaciones precisamente porque la gramática de nuestro lenguaje es inspeccionable y ello, en principio, por cualquier hablante. Y, una vez más, conocer la gramática de nuestro lenguaje es conocer la estructura de uso en profundidad de expresiones de nuestro lenguaje.

Creo que podemos resumir nuestra exposición como sigue: la estructura profunda de una expresión es, para Chomsky, una “entidad” abstracta, de carácter mental, cuyo “conocimiento” le permite al usuario “seleccionar” una gramática pedagógica o natural particular. Esta estructura profunda contribuye también a determinar el significado de las oraciones “naturales”. Para Russell, la estructura profunda es más bien el esqueleto lógico presupuesto o implicado (dependiendo de que nuestra interpretación de la Teoría de las Descripciones sea russelliana o strawsoniana) por una proposición dada. Lo que el conocimiento de esta estructura revela es la información contenida en una aseveración particular. La estructura profunda para Wittgenstein, en cambio, es la red (tal vez infinita) de conexiones de uso (y, por ende, de significado) fundada en la praxis y que une a una expresión con otras. Se trata, pues, de tres concepciones distintas de “estructura profunda”. Nuestra misión ahora será tratar de determinar su valor filosófico. A ello dedicaremos la segunda sección de este trabajo.

## - II -

Sin duda alguna, el programa que a primera vista es el más modesto, el de menor alcance, es el de Wittgenstein. Parecería que nada asombroso o impresionante puede proceder de la insípida labor consistente en rastrear usos de palabras. Dicha labor no podría compararse, en cuanto a aspiraciones, a la grandiosa investigación chomskiana, la cual pretende hacer explícita la estructura de la mente y proporcionarnos la esencia del lenguaje. El programa russelliano resulta ser también de dimensiones cósmicas, puesto que al aplicar su principio de conocimiento directo (*acquaintance*) a los resultados del análisis lógico, lo que Russell piensa haber logrado es un *aperçu* de la estructura lógica del mundo, de los contenidos de la mente y de los objetos de la realidad (*i.e.*, del “*stuff*”, de la sustancia del mundo). Frente a objetivos tan colosales como estos la investigación wittgensteiniana, hay que reconocerlo, luce más bien mal.

No obstante, examinada con mayor detenimiento, la situación resulta ser exactamente al revés. Por lo menos del trabajo de Chomsky sí puede afirmarse categóricamente que resulta francamente decepcionante y, en ocasiones, abiertamente ininteligible. Constantemente Chomsky se pronuncia con grandilocuencia respecto a la capacidad de inferir, gracias a la “información de la que ahora disponemos” (como si en la filosofía convencional contemporánea se hubiera adelantado **un** paso frente a Platón), datos y verdades acerca de la naturaleza humana. La verdad, sin embargo, es que lo que de tantas promesas obtenemos equivale a un auténtico fraude: de hecho no se nos dice nada, excepto algunas trivialidades, como veremos más abajo, envueltas eso sí en un ropaje terminológico impresionante. Pero antes de elevar mis objeciones, debo decir que Chomsky ya ha sido fuertemente criticado en numerosas ocasiones y se ha entablado un diálogo entre él y sus críticos (*e.g.*, Putnam, Searle, Fodor, etc.). Sobre esas críticas no diré nada en este trabajo. Hay otras, empero, que se le pueden hacer y que no son, como veremos, teóricamente desdeñables.

En primer lugar, quisiera mencionar un punto sin importancia doctrinal, pero de cierto valor histórico. Una y otra vez, Chomsky insiste en el “aspecto creador del lenguaje”. A este respecto, la única referencia histórica que hallamos en sus escritos es a Descartes y a los miembros de la escuela de Port-Royal. Parecería, pues, que en el siglo XX, súbitamente, Chomsky re-descubrió un problema. Da la impresión, por lo tanto, que el profesor Chomsky no leyó el *Tractatus*, en donde el asunto está explícitamente abordado.<sup>20</sup> Hecha esta aclaración, podemos pasar a hacer algunas objeciones que, pienso, son dignas de consideración.

La primera gran objeción que se le puede hacer a la teoría de Chomsky es que está basada en una indiferencia total respecto a los resultados de Wittgenstein en torno al absurdo que encierra la idea de un lenguaje privado. Según Chomsky, la gramática generativa se compone de reglas a las que el individuo (el niño!) solo tiene acceso y que sólo él maneja. “Asumiendo la exactitud aproximada de conclusiones que hoy parecen defendibles, es razonable suponer que una gramática generativa es un sistema de muchos cientos de reglas de varios tipos diferentes, organizadas en concordancia con ciertos principios fijos de ordenación y aplicabilidad y que contienen una cierta sub-estructura fija, la cual, junto con los principios generales de organización, es común a todos los lenguajes”.<sup>21</sup> Esto presupone que, sin necesidad de contar con criterios externos, procesos de corrección, estimulaciones de diversa índole, etc., un individuo puede en principio

---

<sup>20</sup> L. Wittgenstein, *Tractatus*, 4.027 *i passim*. Examinó con detenimiento esta conexión histórica en mi trabajo “Chomsky vs Wittgenstein: Dos Concepciones del Lenguaje”, en *Analogía*, Año VIII, 1994 N° 2.

<sup>21</sup> N. Chomsky, *Language and Mind*, p.87.

aplicar “objetivamente” las nociones de correcto e incorrecto al recurrir a “sus” reglas. En realidad, el problema de Chomsky es exactamente el mismo que el de los fenomenalistas, siendo la única diferencia entre ellos la concerniente a sus respectivos lenguajes: uno es de *sense-data* en tanto que el otro es de estructuras innatas y abstractas. Pero ni en uno ni en otro caso se está en posición de eludir el ataque de Wittgenstein, el cual habría merecido por parte de Chomsky un mínimo de consideración.<sup>22</sup>

Desde la perspectiva wittgensteiniana, gran parte de lo que Chomsky dice no es ni siquiera falso, sino patentemente ininteligible. Considérese, por ejemplo, el siguiente párrafo: “El niño no puede saber al nacer qué lenguaje habrá de aprender, pero él debe saber que su gramática debe ser de una forma pre-determinada, que excluye a muchos lenguajes imaginables. Habiendo seleccionado una hipótesis permisible, él puede usar la evidencia inductiva para la acción correctiva, confirmando o desconfirmando su elección. Una vez que la hipótesis ha quedado suficientemente bien confirmada, el niño conoce el lenguaje definido por su hipótesis; por consiguiente, su conocimiento se extiende más allá de su experiencia, y, de hecho, lo conduce a caracterizar muchos de sus *data* de experiencia como defectuosos o desviados”.<sup>23</sup> Aquí está claramente incorporado el grave error de pensar que, sin previo entrenamiento lingüístico, alguien puede inventar o disponer de un lenguaje enteramente privado, al que puede aplicar de modo consistente y correcto: el niño que por hipótesis no conoce ningún lenguaje, se **dice** a sí mismo de algún modo que la mejor **hipótesis** para la manipulación de un determinado lenguaje natural es *X* y que es esa hipótesis la que hay que **aplicar** y poner a prueba. Por **inducción**, esto es, recurriendo a un principio de asociación sumamente abstracto, el niño (quien todavía no ha aprendido los rudimentos de la aritmética) **verifica la adecuación** de su hipótesis y la **corrección** de sus aplicaciones. Yo pienso que ya estamos en posición de afirmar categóricamente que la meditación wittgensteiniana lleva a resultados que aniquilan estos “supuestos” de las diversas teorías de Chomsky. Este, sin embargo, va más allá y nos hace pasar del error a la fantasía. Veamos cómo sucede esto.

En primer lugar, llama la atención un importante cambio conceptual no justificado: nosotros ciertamente tenemos derecho a preguntar qué quiere decir ‘conocer’. De seguro que a la noción chomskiana de conocimiento no se le aplica ni siquiera la caracterización clásica. El conocimiento de una gramática generativa no

---

<sup>22</sup>Muy posteriormente, Chomsky trató de enfrentar el reto wittgensteiniano de las reglas, en su libro *Knowledge of Language: Its Nature, Origin, and Use* (New York: Praeger, 1986). Para un examen crítico de lo que sostiene allí Chomsky véase mi artículo “Seguir una regla: resultados wittgensteinianos y especulaciones chomskianas” en *Manuscrito*, vol. XVIII, N° 2, octubre de 1995.

<sup>23</sup>N. Chomsky, *Language and Mind*, p.91.

es una mera creencia verdadera, así como tampoco es una creencia justificada: cuando hablamos de justificación no queremos simplemente decir que el sujeto se ofrece a sí mismo evidencias para auto-convencerse de que tiene un conocimiento. La noción de justificación es una noción social, no sólo en el sentido de que la palabra ‘justificar’ (y sus derivados) tiene (como todas las palabras) un uso estipulado por la comunidad lingüística, sino que de hecho la justificación es una cuestión de participación global mediante la cual se determina lo que será y lo que pasará o no por una justificación de algo. Justificar no es un proceso “objetivo” independiente del acuerdo humano. Pero entonces, si no se trata de creencias verdaderas y si no es una cuestión de evidencias o de justificación real: ¿de qué clase de cosas habla Chomsky cuando habla de “conocimiento”? Aún suponiendo que efectivamente estamos “programados”, en el sentido de Chomsky, ello no lo autoriza a hablar de “conocimiento”: con igual derecho podríamos hablar de un “conocimiento implícito” de los procesos digestivos sobre la base de que exitosamente sabemos comer y digerir. Incuestionablemente: tenemos que estar “programados” para ello! Hablando en serio, la noción de conocimiento inconsciente o implícito es, como la de lenguaje privado, sencillamente incoherente.

No sólo nuestra noción de conocimiento está distorsionada en manos de Chomsky, sino también la de interpretación y la de comunicación. Dos personas se comunican cuando, recurriendo a un lenguaje común, intercambien pensamientos (*i.e.*, construyen y usan oraciones de modo correcto, pertinente, etc.). Hablar de interpretación es aludir a una transición de un lenguaje a otro. En el lenguaje natural no parece tener mayor sentido la afirmación de que uno se “comunica” consigo mismo. Monólogos, soliloquios, etc., son en última instancia procesos de uso privado del lenguaje público efectuados con miras a la consecución de fines específicos (*e.g.*, la aclaración de un tema, la preparación de una conferencia, etc.). Pero no es esto lo que está en cuestión aquí. En este caso, Chomsky pretende hacernos creer que cuando hablamos estamos sumergidos simultáneamente en dos procesos, a saber, hablar (en un lenguaje natural) y comprender, siendo esto último una re-traducción al lenguaje de las reglas de la sintaxis profunda y una re-aplicación de ellas para poder proseguir en el diálogo. Esto es demasiado increíble para resultar aceptable. Por último ¿no son el enfoque y la teoría de Chomsky claramente circulares? ¿No es acaso por medio del lenguaje que logra él ubicar todos los problemas relacionados con el lenguaje en un nivel más abstracto? Si estas son, como creo, preguntas retóricas, ¿no es entonces claro que la explicación chomskiana es un ejemplo paradigmático de pseudo-explicación y de fracaso filosófico? Y, como consecuencia de ello, ¿no es lo menos que podemos decir de su noción de forma lógica que se trata de un constructo particularmente sospechoso y muy probablemente filosóficamente inútil?



El panorama cambia cuando lo que consideramos es la teoría de Russell. Yo estoy convencido de que nadie negaría que, examinada “internamente” (funcionamiento, aplicabilidad, etc.) la Teoría de las Descripciones es simplemente impecable y, por lo tanto, inatacable. Lo que en cambio sí está sujeto a discusión y es materia de interpretación es la utilidad de la teoría. La controversia “Russell – Strawson” es un claro ejemplo del tipo de discusión al que ésta puede dar lugar. En el fondo, Strawson nunca cuestiona la corrección del análisis russelliano. Su inconformidad está dirigida más bien en contra de las nociones russellianas de proposición y de implicación (y, en verdad, en contra de toda la concepción russelliana del lenguaje) a las cuales él aspira suplantarse con las de enunciado y de presuposición. Para los efectos de este trabajo no tenemos para qué o por qué enfrascarnos en la polémica “Strawson – Russell”. Nosotros aquí podemos ser neutrales frente a ellos y sostener, por ejemplo, que lo que por medio de la teoría de Russell se logra es simplemente hacer explícito lo implícito en afirmaciones que contienen frases denotativas (en especial, **descripciones** definidas). Para nosotros es aquí que empieza el problema. Nuestra pregunta es, por lo tanto, la siguiente: si por ‘estructura profunda’ se entiende la cadena de proposiciones con las que está lógicamente ligada una determinada afirmación *p*: ¿tiene éxito Russell en su intento por descubrir dicha estructura cuando lo que se examina son enunciados o proposiciones en los que aparecen descripciones?

La respuesta a esta pregunta puede ser, a mi juicio, un decidido “sí”, una vez que nos hemos puesto de acuerdo respecto al alcance de la teoría. Esto es revelar las deficiencias o, mejor dicho, las limitaciones del éxito de Russell. Desconectada – como pienso que debe estarlo – de su Principio de Conocimiento Directo (“Todas las proposiciones que podamos comprender deben estar constituidas por términos que conocemos directamente, esto es, *by acquaintance*”), la Teoría de las Descripciones carece de los poderes que Russell le atribuye y no proporciona los resultados que según él son obtenibles. De hecho, la Teoría de las Descripciones es enteramente neutral frente a la metafísica, la teoría del conocimiento y la filosofía de la mente. Por otra parte, es verdad lo que Russell dice respecto a lo que está involucrado al hacer determinada afirmación, pero ese resultado en sí mismo es demasiado pobre: con la teoría de Russell lo único que se logra describir son conexiones formales, totalmente independientes del uso real de las expresiones. Su aplicación es, por lo tanto, necesariamente mecánica o ciega. Pero es obvio que el esclarecimiento del significado de algunas oraciones requiere de algo más que el que se pongan de relieve conexiones formales, por reales que éstas sean. En este sentido, por ejemplo, la teoría de Russell puede inclusive ser dañina. Considérense los siguientes enunciados:

- a) El rey de Francia es calvo
- b) La ballena es un mamífero
- c) El vencedor de Stalingrado es el pueblo ruso
- d) El vencedor de Marengo era corso

Moore ya había señalado<sup>24</sup> que la teoría de Russell no se aplica a oraciones de tipo (b). Russell, en su respuesta, acepta la crítica, a la que, sin embargo, no le confiere mayor importancia. Como él mismo dice, acepta la crítica “con ecuanimidad”.<sup>25</sup> Empero, bien puede ser el caso que ello se deba a que Russell no percibe las consecuencias de la crítica de Moore. Si nos fijamos, en realidad su teoría tampoco se aplica a oraciones de tipo (c). En cuanto a las oraciones de tipo (a), el análisis russelliano es evidentemente correcto desde un punto de vista formal, sólo que prácticamente inservible: si se le cuenta un cuento a un niño y empieza diciéndosele que hace mucho tiempo, en un país muy lejano, vivía una princesita a la que llamaban ‘La princesita de los ojos de esmeralda’, lo único que no le interesará ni al hablante ni al escucha será sacar a la luz lo que el análisis de Russell correctamente pone de manifiesto (“Hay una y sólo una persona que es una princesita tal que, si hubiera otra cualquiera que ...). O sea, para los efectos de la plática, no estoy comprometido con aclaraciones como esa. De hecho, decir que voy a contar un cuento es advertir a los oyentes que los personajes de los cuales me propongo hablar no existen, que no los hay. Así, pues, en múltiples ocasiones el análisis generado por la Teoría de las Descripciones es simplemente irrelevante, por más que sea formalmente correcto. En verdad, para los objetivos que Russell desea alcanzar, su teoría no se aplica más que a oraciones en las que las descripciones tienen declaradamente (en terminología de Strawson) un “uso referencial individualizador”. Y, dicho sea de paso, la teoría no requiere, estrictamente hablando, de ningún Principio de Conocimiento Directo. Este principio restringe enormemente los logros de la teoría y le da una orientación que no tiene por qué imponérsele. Por otra parte, es obvio que sacar a la luz conexiones formales será siempre importante, pero siempre insuficiente. Creo que habría que inferir de lo que hemos estado diciendo que la estructura profunda russelliana no es un guía confiable para la obtención del conocimiento más abstracto posible del mundo. Así, aunque la Teoría de las Descripciones debería estar integrada a toda teoría acerca de los mecanismos del lenguaje, su morfología, su funcionamiento, su lógica, etc. (Wittgenstein, por ejemplo, la usa para inferir que, en el lenguaje natural, usamos los

---

<sup>24</sup> G. E. Moore. “Russell’s Theory of Descriptions” en *The Philosophy of Bertrand Russell (op. cit.)*, pp. 190-217.

<sup>25</sup> B. Russell, “Reply to Critics” en *Ibid.*, p.690.

nombres propios sin un significado preciso),<sup>26</sup> ella no es lo suficientemente rica para por sí sola hacernos comprender la significación real de nuestras oraciones ni la estructura de nuestro pensamiento. De todos modos, es innegable que, en alguna medida, sí contribuye a su esclarecimiento.

Llegamos ahora a la concepción wittgensteiniana de estructura profunda. Ésta emerge de modo natural de una secuencia o cadena de ideas tan sensatas que difícilmente se les puede rechazar. Una primera idea así está incorporada en el punto de vista de que las proposiciones no están aisladas, es decir, que su significación no depende exclusivamente de ellas. Las proposiciones tienden a constituirse en grupos y es gracias a su pertenencia al sistema que las oraciones pueden servir para expresar proposiciones (y ser “lógicamente independientes”). Es claro, creo, que ‘ $8 + 5 = 13$ ’ no significa nada si carecemos de nociones como las de adición, identidad, unidad, etc. Dicha oración es verdadera, entre otras razones, porque ‘ $8 - 5 = 3$ ’. Lo mismo acontece con las proposiciones del lenguaje natural. Ahora bien, esta característica tiene inevitables consecuencias, relevantes para nuestro tema. Está implicado que la significación de una oración **depende**, en alguna medida o en algún sentido, del resto de las proposiciones a las que está ligada. La noción de estructura profunda, desarrollada por Wittgenstein, es, pues, sumamente original: no se trata ya de buscar algo “metido” dentro de la proposición. Eso es mera superstición semántica. Se trata de comprender el funcionamiento de una proposición, sus posibilidades de utilización, en función del espacio semántico que crea para ella el resto de las proposiciones. Este espacio semántico no es identificable con el espacio lógico. Dicho sistema de conexiones es una estructura. Esta es la estructura “profunda” (o, mejor dicho, la estructura en profundidad) de una proposición.

Si lo que hemos dicho es acertado, salta a la vista una diferencia fundamental entre las nociones russellianas y chomskiana de estructura profunda, por una parte, y la wittgensteiniana, por la otra: contrariamente a las dos primeras, la estructura profunda en el sentido de Wittgenstein no tiene ni puede tener carácter *a priori*. La razón es evidente: el sistema de conexiones que es la estructura profunda no es estipulable ni predecible, puesto que son los usos de las palabras lo que las dota de significado y los usos no son programables. La estructura profunda de una proposición, por lo tanto, no tiene que ver con la estructura psíquica de la persona (no es innata) ni con la idealización de la gramática superficial (no es “lógica”). Las metáforas “dentro” y “debajo”, aplicadas a las proposiciones para indicar que hay algo intrínseco a ellas que es su estructura profunda, son en este caso lo más equívoco que pueda haber.

---

<sup>26</sup> Véase, por ejemplo, la sección 79 de las *Investigaciones Filosóficas*.

Ahora bien, el hecho de que la estructura de una proposición – el sistema de movimientos permisibles conformado por el uso – no sea en ningún sentido *a priori*, no implica que no sea necesario. Dicho sistema es necesario *a posteriori*. La estructura profunda de una proposición es contingentemente necesaria en el sentido de que, aunque tiene que haber algún sistema semántico al cual pertenezcan las oraciones, es contingente el que pertenezcan o el que se inserten en el sistema al modo como sabemos que de hecho lo hacen. Por ejemplo, nosotros no podemos decir en nuestro lenguaje que la experiencia privada de alguien podría haber sido la mía (*e.g.*, un dolor). Dolor sentido no puede haber más que el mío. Haciendo un poco de ciencia-ficción, lo más que podría decirse es que podría sentir mi dolor en otro cuerpo, pero ello no altera el hecho de que ni el otro podría sentir **mi** dolor ni yo el suyo. Por otra parte, desde luego, la expresión ‘Tu y yo tenemos el mismo dolor’ es perfectamente legítima e inteligible, siempre y cuando no se le interprete a la manera como el solipsista pretende hacerlo. Otro ejemplo de rasgos contingentemente necesarios de nuestro lenguaje lo constituyen muchas de las así llamadas *bedrock propositions*: éstas también contribuyen a fijar el marco de lo significativo y, por consiguiente, el radio de acción de las proposiciones. No obstante, son mutables. Acerca de estas sutilezas de nuestro lenguaje, sin embargo, los enfoques formales a la Chomsky y a la Russell no nos dicen ni pueden enseñarnos nada.

Podemos ahora apreciar mejor el hecho de que el todo de la labor filosófica de Wittgenstein está efectivamente orientado o permeado por ciertas intuiciones básicas, desarrolladas y defendidas de diverso modo según la etapa de su desarrollo filosófico. Una de estas intuiciones es precisamente la de que hay cosas que no se pueden decir y que el uso del lenguaje sólo puede mostrar o permitir “ver”. Con la noción de estructura profunda está íntimamente ligada la idea de límites de significación. La descripción de la estructura profunda es la descripción, efectuada desde dentro del lenguaje, es decir, en el lenguaje significativo, de dichas fronteras. Dicha descripción es, en general y para efectos prácticos, superflua, pero se vuelve imprescindible del mismo modo en que lo es una patrulla que vigila la línea divisoria de un país que ilegalmente la gente constantemente cruza, o pretende cruzar. En el caso del lenguaje, los “ilegales” son los filósofos o, lo cual quizá sea una mejor formulación, el usuario del lenguaje en sus momentos filosóficos, puesto que un científico también puede fácilmente verse enredado en afirmaciones filosóficas. Los problemas que ellos descubren les parecen entonces perfectamente objetivos y no se dan cuenta de que se gestaron por el desconocimiento de los límites de espacio de significatividad que se dejan las proposiciones entre sí. Dichos problemas son el producto de una violación semántica y están generados por una utilización caprichosa de las proposiciones, utilización avalada por la corrección

formal de su construcción en el nivel de la gramática superficial. Nótese, por otra parte, que no tiene mayor sentido decir ‘No se puede decir X’, pues expresado de ese modo resulta prácticamente imposible escapar a la paradoja: decimos precisamente eso que no se puede decir. De ahí que la táctica de Wittgenstein consista más bien en hacer ver que el que algo no se pueda decir es una cuestión de uso, algo que se **muestra**, algo que se puede hacer ver, no una cuestión de estipulación o de decisión por parte de nadie. Así, la necesidad de desarrollar una concepción de la estructura en profundidad de una proposición lleva a una intuición central en el filosofar wittgensteiniano, presente desde el inicio mismo de los *Notebooks*.

Creo que, para concluir, deberíamos preguntarnos acerca del valor filosófico o teórico y de la utilidad de las doctrinas que hemos someramente expuesto y mínimamente discutido. En mi opinión, Chomsky fracasa por completo en cuanto a sus aspiraciones, lo cual no quiere decir que su teoría sea totalmente inutilizable. De hecho, podemos elevar en su contra la misma crítica que él mismo insinúa en alguna parte (“Si teníamos la esperanza de comprender el lenguaje humano y las capacidades psicológicas sobre las cuales descansa, debemos preguntar primero qué es, no cómo o para qué propósitos se le usa”<sup>27</sup>) y señalarle que antes de que nos diga cómo opera la mente, queremos que nos diga qué es la mente. Acerca de ésta, empero, no nos dice de hecho nada. No se sigue, repito, que su teoría sea enteramente inútil. Lo que sucede es, más bien, que no da lo que él cree que puede dar o quiere que dé. En realidad, lo que Chomsky elabora es un meta-lenguaje suficientemente abstracto para permitir la manipulación del lenguaje natural. En esto puede inclusive tener un gran éxito (alguna aplicación tuvieron sus doctrinas para, *e.g.*, el manejo del idioma vietnamita durante la invasión americana en Vietnam). Pero acerca de la naturaleza de la mente o de la modalidad, su posición no parece revestir particular importancia.

En lo que a Russell atañe, difícilmente podría afirmarse de su teoría que es un fracaso. El problema con su aportación procede más bien de la **interpretación** que Russell mismo impone sobre su teoría, así como del empleo que pretende darle, pues parecen comportar una incomprensión radical respecto al papel de la lógica y sus relaciones con el lenguaje, la mente y el mundo. Las inferencias que Russell traza, por lo tanto, no están garantizadas pero, por otra parte, lo que podríamos llamar su ‘logización’ del lenguaje natural es inatacable y contribuye decididamente a que se eche luz sobre diversos mecanismos del lenguaje. Además, el progreso que se logra gracias al trabajo de Russell consiste en parte en que se nos proporcionó un instrumental que, si se le sabe emplear, resulta ser sumamente útil para la resolución de enigmas filosóficos de diversa índole. Empero, los resultados positivos de la

---

<sup>27</sup> N. Chomsky, *Language & Mind*, p.70.

aplicación de la Teoría de las Descripciones son alcanzables sólo después de haber efectuado una previa labor de aclaración que no es ella misma de corte russelliano (por ejemplo, de la clase de existencia que está en juego cuando se habla de entidades teóricas o de personajes de ficción o de personas, etc.). De este modo, la teoría de Russell parece ser necesaria mas no suficiente para el esclarecimiento de lo que es la estructura profunda de algunas expresiones (oraciones) de nuestro lenguaje.

No podría sorprender a ningún lector de este trabajo la enunciación de mi conclusión general, *viz.*, que es la noción wittgensteiniana de estructura profunda o, lo cual es menos equívoco, “en profundidad”, la filosóficamente fundamental y ello por múltiples razones. Aquí mencionaré unas cuantas. En primer lugar, la concepción desarrollada por Wittgenstein emerge de una noción que podemos hacer efectiva. El filosofar wittgensteiniano no se reduce a un conjunto de promesas o a una colección de abstracciones o formalizaciones. En segundo lugar, se trata de una noción cuya utilidad es aprehensible sólo por quien efectúe trabajo filosófico real (*i.e.*, no mera especulación). Y, en tercer lugar, la noción de estructura profunda en el contexto de la filosofía wittgensteiniana tiene consecuencias de primera importancia. Como espero haber dejado en claro, el objetivo perseguido por Wittgenstein es “simplemente” el de ofrecernos un panorama nítido del universo de nuestros conceptos, universo conformado por el lenguaje en uso. La utilidad de la labor wittgensteiniana es evidente: impide la gestación de pseudo-problemas (*e.g.*, indagar acerca de estructuras profundas en el sentido de Chomsky), los cuales desorientan a los especialistas, y nos devela la naturaleza y la estructura de nuestro pensamiento, señalando simultáneamente su alcance sin, para ello, incurrir en las contradicciones, paradojas y absurdos de los filósofos del pasado.